

contré el niño Jesús de alfeñique, y después, sin saber cómo ni cuándo, quedéme dormido en la cama donde me encontraste.

—Pues ahora á casa. Vuestra hermana está con cuidado por ausencia tan larga.

—Despacio, amigo Andrés—me contestó el mayor.—Mira lo que tengo aquí preparado. ¿Ves este gran artesón? Pues se le pone boca abajo, levantado por un lado con una cañita; se ata á la punta alta de la cañita un hilito; se ponen debajo unos pedazos de ratoncillos muertos que hay en la escalera, los cuales quemaremos antes para que huelan; plantamos en el patio toda esta artimaña, y nos escondemos en la escalera con el hilito en la mano para poder tirar sin que nos vean. Hacemos humo en el sótano quemando la yerba. Salen todos, con el gran Napoleón á la cabeza, y éste los lleva al artesón, que es España; empiezan á roer, diciendo: «qué buena conquista hemos hecho;» entonces tiramos del hilo, y España se les cae encima cogiéndoles vivos.»

## XVIII

Diciendo esto, cargaron con el artesón y bajáronlo al patio, y en un instante el traidor aparato quedó muy bien instalado, con el cebo dentro y el hilo en su sitio. España estaba

dispuesta; no faltaba más que la invasión francesa.

Badoret entró impertérrito en la bodega y volvió al poco rato, diciendo: «Están en guerra unos con otros. Vengan acá, que esto merece verse.» Entramos, y, en efecto, ví la colosal batalla. Yo sabía que aquel enérgico y emprendedor animal se vuelve en su desesperación contra su propia casta cuando no encuentra en ninguna parte medios de subsistencia; pero jamás había visto los choques de aquellos feroces ejércitos, que embestían con la saña salvaje de las primitivas guerras entre los hombres. Se arrojaban unos sobre otros, enredándose en horroroso vórtice, y se clavaban sin piedad las terribles armas de sus agudos dientes. Esta lucha no era en modo alguno una revuelta explosión de odios y hambres individuales, sino que tenía conjuntos poderosos, y las masas parduzcas indicaban empujes colectivos dirigidos por el instinto militar que algunas especies zoológicas poseen en alto grado.

«Los que están bajo el tonel—dijo Badoret,—son los del lado de allá del Oñá, que han venido nadando. Con ellos están todos los de la parroquia de San Félix, y los de este lado son los de la plaza de las Coles, los más gordos, los más bravos, y tienen por jefe á Napoleón.

—Pues esos que han venido nadando—dijo yo,—no son otros que los ingleses, y los de la parroquia de San Félix son la gente del Norte. Me parece que va ganando Francia, es decir, la plaza de las Coles.»

Sus gruñidos formaban un rumor espeluznante. Las desigualdades del terreno permitían á los ejércitos desarrollar en gran escala poderosa estrategia. Subían unos á apoderarse de un cajón vacío, y embestidos hábilmente por la espalda, eran arrollados y expulsados de su posición. Las masas pequeñas se reunían formando enorme cuña que al punto desbarataba la extensa línea de los contrarios; éstos, desorientados y en desorden, reuníanse de nuevo concertando sus falanjes, y sobre los cadáveres exangües, las mil patitas marchaban con vertiginosa carrera. Los más pequeños caían rodando impulsados por los grandes, y las parejas blanquecinas vueltas hacia arriba, variaban el informe aspecto de los valientes escuadrones. Las luchas individuales sucedían á los empujes colectivos, y la heroica sangre teñía los feraces campos. ¿A quién pertenece la victoria? Ahora lo veremos. Los de la plaza de las Coles dominaron el toral, y plantándose allá con provocativa presunción, miraron, jadeantes aún de cansancio, cómo huían hacia el fondo de la bodega las huestes destrozadas de la parroquia de San Félix y del otro lado del Oñá.

«Badoret, Manalet—exclamé yo,—Francia es vencedora. ¿Veis? Ya domina la hermosa Italia; observad cómo corre hacia el Norte esa nube de tudescos y sajones. Pero esto no ha concluído. Vedle allí. Ved cómo se relame, cómo enrosca el largo rabo reluciente cual una cuerda de seda. Con los ojuelos negros, en que resplandece el genio de la guerra, observa des-

de aquella altura las diversas comarcas que tiene á sus pies, y los movimientos de sus desorganizados enemigos. Está midiendo el terreno, y su previsión admirable adivina los sitios que escogerán los otros para esperarle. Atended bien, Badoret y Manalet: reparad que después que ha descansado un rato, gozándose allá arriba con sus rápidos triunfos, se prepara á bajar de su trono. Inmensas falanjes llenas de entusiasmo le rodean, y allá en el Norte el espacio resuena con el chirrido de mil dientes que chocan, y las colas azotan con impaciencia el suelo. Nuevas batallas se preparan, Manalet y Badoret. Esto no quedará así, y si no me engaño, el pérfido aspira á dominar todos los subterráneos, desde el Galligans hasta el puente de piedra, y ambas orillas del hermoso Oñá. ¿Oís? Las belicosas uñas se afilan en el suelo, y en las cuentecitas de vidrio que tienen por ojos brilla el ardor de los combates. La hora terrible se acerca, y el ogro, hambriento de carne y nunca saciado, devorará á los hijos del Norte. ¡Ayl! ¡Las pobres madres han concebido y dado á luz nada más que para estor! Ya van; ya se acercan. Ved cómo todos los de la otra cruzía se reúnen, acudiendo de distintas partes. El ogro descende pausadamente de su trono, y una aureola de majestad le rodea. A su vista los débiles se hacen fuertes, y los tímidos se arrojan á los primeros puestos. Ya se encuentran, y está trabada de nuevo la feroz pelea.»

Avanzamos para ver mejor, y vimos cómo se devoraban, llevando la mejor parte los de

abajo, es decir, Francia. Si los otros eran más fuertes, éstos parecían más ligeros. Los del lado allá del Oñá, los de San Félix y el Matadero, se sostenían enérgicamente; pero al fin no les era posible resistir el empuje de sus contrarios, que parecían poseídos de sublime enajenación, y sus hociquitos negros y bigotudos lo arrasaban todo delante de sí. Si lo que les impulsaba á la lucha era pura y simplemente el anhelo de satisfacer su apetito, una vez trabada aquélla, despierto y exaltado el genio militar, los escuálidos soldados no se acordaban de llenar sus panzas con los despojos del vencido, y un ideal de gloria les impelía á lanzarse sobre los rotos escuadrones, sobre las tinajas teñidas de sangre, sobre el tonel jamás conquistado, dominándolo todo con su planta atrevida.

Creerán los oyentes que miento, que desfiguró los hechos, que pinto lo que me conviene; juzgarán que mi cabeza, trastornada por las penalidades y debilitada por la inanición, forjó ella misma para su propio entretenimiento estas batallas de roedores, estas ambiciones de la última escala animal, para representar en pequeño las de la primera. Pero yo juro y perjuro que nada he dicho que no sea cierto, así como también lo es que Badoret, al ver cómo se destrozaban, encendió una buena porción de yerba, apartándola del resto para que no se declarase incendio, y al instante el mucho y denso humo nos obligó á salir afuera presurosamente.

«Ahora no quedará uno dentro —dijo Ba-

doret.—Andrés, y tú, hermano, coged un palo, y cuando salgan, de cada garrotazo caerá un regimiento. Yo tiraré del hilo de la trampa. Si algún otro que el gran emperador se acerca á comerse el cebo, espantadle con un golpe. En la trampa no ha de caer sino Su Majestad.»

Pronto la puerta de la obscura cueva empezó á vomitar gente, es decir, guerreros de aquella formidable pelea que habíamos visto. Corrieron por el patio en distintas direcciones, subieron la escalera, tornaron á bajar, y no pocos de ellos se acercaron al arteson, en quien veían los chicos nada menos que la representación genuina de nuestra querida y desgraciada madre España. Badoret de improviso impúsonos silencio diciendo:

«Ahí viene; apártense todos, y abran paso á su grandeza.»

En efecto: el más grande, el más hermoso, el más gordo de aquellos caballeros, apareció en la puerta del subterráneo. Desde allí revolvió con orgullo á todos lados los negros ojos, y moviéndose despaciosamente, arrastraba con elegantes ondulaciones el largo rabo. Contrajo el hocico, mostrando sus dientes de marfil, y rasguñó el suelo con majestuoso gesto. Anduvo largo trecho entre la turbamulta de los suyos, que con desdén miraba, y al llegar á mitad del patio, vió aquel inusitado aparato que teníamos dispuesto. Acercóse, y estuvo mirándolo por diversas partes, sorprendido sin duda de su extraña forma, y solicitado de los olorosos reclamos del cebo hábilmente colocado dentro. Muy por lo bajo, dije yo á Manalet:

«Este emperador tiene demasiado talento para meterse aquí.

—Quien sabe, Andresillo—me contestó el chico.—Como está tan enfatuado con las batallas que acaba de ganar, y se le habrá puesto en la cabeza que para él no hay ratoneras, ni trampas, ni lazos, puede que se ciegue y se meta dentro.»

Napoleón se acercó con paso resuelto. Aunque dotado de inmensa previsión y de penetrante vista, el humo de gloria que llenaba su cerebro había enturbiado sus poderosas facultades, y encontrándolo todo fácil, sin ver más que á sí mismo y á su feliz estrella, precipitóse decididamente dentro de España. El hilo funcionó, y cayendo con estrépito la artesa, Su Majestad quedó en la trampa.

«¡Ah, pícaro, tunante, ladrón!—gritó Badoret saltando de gozo.—Ahora las vas á pagar todas juntas.

—Irá vivo al mercado—añadió el otro,—y nos darán por su cuerpecito nueve reales. Ni un cuarto menos, hermano Badoret.»

## XIX

Atado por el rabo el vencedor de Europa, los chicos querían llevarlo al mercado; pero yo lo tomé para mí, diciéndoles:

«Si trabajáis un poco más, no os faltarán

otros respetables sujetos que llevar al mercado. Dejad éste para mí, que lo necesito, y coged á Saint-Cyr, á Duhesme, á Verdier y á Augereau.»

Haciendo, pues, nuevas y valiosas presas, se marcharon.

Yo atravesaba la puertecilla, mejor dicho, el agujero que comunicaba el patio de la casa de Ferragut con la mía, cuando mi cabeza tropezó con otra cabeza. Nos topamos el Sr. Nomdedeu y yo, él queriendo entrar y yo queriendo salir.

«Detente un rato más, Andrés—me dijo con agitación,—y ayúdame. ¡Pero qué hermoso animal tienes ahí! ¿Cuánto pides por él?

—No lo vendo,—repliqué con orgullo.

—Es que yo lo quiero—me dijo con firmeza, deteniéndome por un brazo.—¿Sabes que se ha muerto Gasparó? Mi hija se muere también, es decir, quiere morir; pero yo no lo permito, no lo permitiré, no señor; estoy decidido á no permitirlo.

—Nada de eso me importa, Sr. Nomdedeu—repuse.—¿Cómo está Siseta?

—¿Siseta? Se morirá también. He aquí una muerte que importa poco. Siseta no tiene padre que se quede sin hija. ¿Me das lo que llevas ahí?

—Usted bromea. Adiós, Sr. Nomdedeu. Por aquella puerta se baja á donde hay mucho de esto.

—¡Oh! ¡qué repugnante sitio!—exclamó el doctor.—Pero ¿qué llevas ahí? Un niño Jesús de alfeñique. Dámelo, Andrés, dámelo. ¡Azú-

car, Dios mío! ¡Azúcar! ¡Qué rayo de luz divinal —No puedo darlo tampoco. Es para Siseta.»

El doctor se puso lívido, más lívido de lo que estaba, y miróme con una expresión rencorosa que me llenó de espanto. Le temblaban los labios, y á cada instante llevábase las convulsas manos á su amarillo cráneo desnudo. Me infundía lástima; me infundía además su vista poderoso egoísmo, y le detestaba, sí, le detestaba, sobre todo desde que tuvo la audacia de mirar con sus ávidos ojos el niño Jesús sin piernas que yo llevaba.

«Andrés—me dijo,—yo quiero ese pedazo de azúcar. ¿Me lo darás?»

Examiné rápidamente á Nomdedeu. Ni él tenía armas, ni yo tampoco.

«Si no me lo das, Andrés—prosiguió,—yo estoy dispuesto á que se pierda mi alma por quitártelo.»

Diciendo esto, el doctor, sin darme tiempo á tomar actitud defensiva, arrojóse sobre mí y me hizo caer al suelo. Clavóme las manos en los hombros, y digo que me clavó, porque parecía que sus manos de hierro, horadando mi carne, se hundían en la tierra. Luché, sin embargo, en aquella difícil posición, y conseguí incorporarme. La fuerza de Nomdedeu era vigorosa, pero de poca consistencia, y se consumía toda en el primer movimiento. La mía, muscular é interna, carecía de rápidos impulsos, pero duraba más. ¡Oh, qué situación, qué momentol quisiera olvidarlo, quisiera que se borrara por siempre de mi memoria; quisiera que aquel día no hubiese existido en la esfera

de lo real. Pero todo fué cierto y lo mismo que lo voy contando. Yo pesé sobre D. Pablo, como él había pesado sobre mí, y pugué por clavarlo en el suelo. Yo no era hombre, no: era una bestia rabiosa, que carecía de discernimiento para conocer su estúpida animalidad. Todo lo noble y hermoso que enaltece al hombre había desaparecido, y el brutal instinto sustituía á las generosas potencias eclipsadas. Sí señores: yo era tan despreciable, tan bajo como aquellos inmundos animales que poco antes había visto despedazando á sus propios hermanos para comérselos. Tenía bajo mis manos, ¿qué manos? bajo mis garras á un anciano infeliz, y sin piedad le oprimía contra el duro suelo. Un fiero secreto impulso que arrancaba del fondo de mis entrañas, me hacía recrearme con mi propia brutalidad, y aquélla fué la primera, la única vez en que, sintiéndome animal puro, me gocé de ello con salvaje exaltación. Pero no fuí yo mismo, no, no; lo repetiré mil veces: fué otro quien de tal manera y con tanta saña clavó sus manos en el cuello enjuto del buen médico, y le sofocó hasta que los brazos de éste se extendieron en cruz, exhaló un hondo quejido, y, cerrando los ojos, quedóse sin movimiento, sin fuerzas y sin respiración.

Me levanté jadeante y trémulo, con el juicio trastornado incapaz de reunir dos ideas, y sin lástima miré al desgraciado que yacía inerte en el suelo. El niño de alfeñique cayóseme de las manos, y Napoleón, que durante la lucha se había visto libre, cargó con él, huyen-

do á todo escape, con el hilo aún atado en la cola.

Esperé un momento. Nomdedeu no respiraba. La brutalidad principió á disiparse en mí, y así como en las negras nubes se abre un resquicio, dando paso á un rayo de sol, así en los negros de mi espíritu se abrió una hendidura, por donde la conciencia escondida escurrió un destello de su divina luz. Sentí el corazón oprimido; mil voces extrañas sonaban en mi oído, y un peso, ¡qué peso! una enorme carga, un plomo abrumador gravitó sobre mí. Quedéme paralizado; dudaba si era hombre; reflexioné rápidamente sobre el sentimiento que me llevara á tan horrible extremo, y al fin, atemorizado por mi sombra, huí despavorido de aquel sitio.

Pasé al otro patio, y entrando en casa de Siseta, la ví exánime sobre el suelo. A un lado estaba el cadáver del pobre niño, y más al fondo advertí la presencia de una tercera persona.

Era Josefina, que hallándose sola por largo tiempo en su casa, había bajado arrastrándose. Examiné á Siseta, que lloraba en silencio, y á su vista experimenté un temor inmenso, una angustia de que no puedo dar idea, y la conciencia que hace poco me enviara un solo rayo, me inundó todo de improviso con espantosas claridades. Un gran impulso de llanto se determinaba en mi interior; pero no podía llorar. Retorciéndome los brazos, golpeándome la cabeza, mugiendo de desesperación, exclamé sin poder contener el grito de mi alma irritada:

«Siseta, soy un criminal. He matado al señor Nomdedeu, ¡le he matado! Soy una bestia feroz. El quería quitarme un pedazo de azúcar que guardaba para tí.»

Siseta no me contestó. Estaba estupefacta y muda, y la extenuación, juntamente con el profundo dolor, la tenían en situación parecida á la estupidez. Josefina, acercándose á mí y tirándome de la ropa, me preguntó:

«Andrés, ¿has visto á mi padre?»

—¿Al Sr. Nomdedeu?—contesté temblando, como si el ángel de la justicia me interrogara. —No, no le he visto... Sí... allí está... allí... pasando al otro patio.»

Y luego, anhelando arrojar lejos de mí las terribles imágenes que me acosaban, volvíme á Siseta y le dije:

«Siseta de mi corazón, ¿ha muerto Gasparó? ¡Pobre niño! Y tú, ¿cómo estás? ¿Te hace falta algo? ¡Ayl Huyamos, vámonos de esta casa, salgamos de Gerona, vámonos á la Almunia á descansar á la sombra de nuestros olivos. No quiero estar más aquí.»

Un extraordinario y vivísimo ruido exterior no me dejó lugar á más reflexiones ni á más palabras. Sonaban cajas, corría la gente; la trompeta y el tambor llamaban á todos los hombres al combate. Siseta alargó lentamente el brazo, y con su índice me señaló la calle.

«Ya, ya lo entiendo—dije.—D. Mariano quiere que todos estos espectros hagan una salida ó resistan el asalto de los franceses. Vamos á morir. Anhele la muerte, Siseta. Adiós. Aquí están los chicos. ¿Los ves?»

Eran Badoret y Manalet que entraron diciendo:

«Hermana Siseta, trece reales, traemos trece reales. ¿Has arreglado á Napoleón? ¿En dónde está Napoleón?»

Saliendo con mi fusil al hombro á donde el tambor me llamaba, corrí por las calles. Estaba ciego y no veía nada ni á nadie. Mi cuerpo desfallecido apenas podía sostenerse; pero lo cierto es que andaba, andaba sin cesar. Hablando febrilmente conmigo, me decía: «¿Pero estoy loco?... ¿pero estoy vivo acaso?» ¡Terrible situación de cuerpo y de espíritu! Fuí á la muralla de Alemanes, hice fuego, me batí con desesperación contra los franceses que venían al asalto, gritaba como los demás y me movía como los demás. Era la rueda de una máquina, y me dejaba llevar engranado á mis compañeros. No era yo quien hacía todo aquello: era una fuerza superior, colectiva; un todo formidable que no paraba jamás. Lo mismo era para mí morir que vivir. Este es el heroísmo. Es á veces un impulso deliberado y activo; á veces un ciego empuje, un abandono á la general corriente, una fuerza pasiva, el mareo de las cabezas, el mecánico arranque de la musculatura, el frenético y desbocado andar del corazón que no sabe á dónde va, el hervor de la sangre que, dilatándose, anhela encontrar heridas por donde salirse.

Este heroísmo lo tuve, sin que trate ahora de alabarme por ello. Lo mismo que yo hicieron otros muchos también medio muertos de hambre, y su exaltación no se admiraba por-

que no había tiempo para admirar. Yo opino que nadie se bate mejor que los moribundos.

Allí estaba D. Mariano Alvarez, que nos repitió su cantinela: «Sepan los que ocupan los primeros puestos, que los que están detrás tienen orden de hacer fuego sobre todo el que retroceda.» Pero no necesitábamos de este aguijón que el inflexible Gobernador nos clavaba en la espalda para llevarnos siempre hacia adelante; y como muy acostumbrados á ver la muerte en todas las formas, no podíamos temer á la amiga inseparable de todos los momentos y lugares.

La fatiga misma sostenía nuestros cuerpos; hablábamos poco, y nos batíamos sin gritos ni bravatas, como es costumbre hacerlo en las ocasiones ordinarias. Jamás ha existido heroísmo más decoroso, y á fuerza de ver el ejemplo, imitábamos el aspecto estatuario de Don Mariano Alvarez, en cuya naturaleza poderosa y sobrehumana se estrellaban sin conmoverla las impresiones de la lucha, como las rábiosas olas en la peña inmóvil.

Por mi parte, puedo asegurar que lleno el espíritu de angustia, alarmada hasta lo sumo la conciencia, aborrecido de mí mismo, me echaba con insensato gozo en brazos de aquella tempestad, que en cierto modo reproducía exteriormente el estado de mi propio sér. La asimilación entre ambos era natural, y si en pequeños intervalos yo acertaba á dirigir mi observación dentro de mí mismo, me reconocía como una existencia flamígera y estruendosa, parte esencial de aquella atmósfera

inundada de truenos y rayos, tan aterradora como sublime. Dentro de ella experimentábanse grandes acrecentamientos de vida, ó la súbita extinción de la misma. Yo puedo decirlo; yo puedo dar cuenta de ambas sensaciones, y describir cómo acrecía el movimiento, ó por el contrario, cómo se iban extinguendo los ruidos del cañón, cual ecos que se apagan repetidos de concavidad en concavidad. Yo puedo dar cuenta de cómo todo, absolutamente todo, ciudad, campo enemigo, cielo y tierra, daba vueltas en derredor de nuestra vista, y cómo el propio cuerpo se encontraba de improviso apartado del bullicio y vertiginoso conjunto que allí formaban las almas coléricas, el humo, el fuego y los ojos atentos de D. Mariano Alvarez, que relampagueando entre tantos horrores lo engrandecían todo con su luz. Digo esto, porque yo fui de los que quedaron apartados del conjunto activo. Me sentí arrojado hacia atrás por una fuerza poderosa, y al caer, bañado en sangre, exclamé en voz alta:

«¡Gracias á Dios que me he muerto!»

Un patriota que por no tener arma se contentaba con arrojar piedras, arrancó el fusil de mis manos inertes, y ocupando mi puesto gritó con alegría:

«Acabáramos. ¡Gracias á Dios que tengo fusill!»

## XX

Fuí primero hollado y pisoteado, y sobre mi cuerpo algunos patriotas se empinaban para ver mejor hacia afuera; pero pronto me apartaron de allí, y sentí el contacto de suavísimas manos. Parecióme que unos pájaros del cielo bajaban á posarse sobre mi cuerpo dolorido, trayéndole milagroso alivio. Aquellas manos eran las de unas monjas.

Diéronme de beber y me curaron, diciéndose unas á otras:

«El pobrecillo no vivirá.»

Ignoro dónde estaba, y no me es posible apreciar el tiempo que transcurría. Sólo en una ocasión recuerdo haber abierto los ojos adquiriendo la certidumbre de que me rodeaba obscurísima noche. En el cielo había algunas tristes estrellas que fulguraban con blanca luz. Sentía entonces agudísimos dolores; pero todo se extinguió prontamente, y cayendo en profundo sopor, vivía con largas interrupciones de sensibilidad. Otra vez abrí los ojos, y ví que se estaban batiendo. Las monjas acudieron de nuevo á mí, y su asistencia me produjo muy vivo consuelo. Yo no hablaba, no podía hablar; pero un accidente harto original me obligó poco después á empeñarme en usar la palabra. Entre la mucha gente que por allí